

El Centauro

Manuel Cedeño



Image not found.

Capítulo 1

El Centauro

En memoria de J.A.P.

(Cuento seleccionado para antología por el Concurso "En el Filo de la Pluma" 2016 e incorporado al libro con el mismo nombre de Pajarita Rojas Editores, en Castellón de la Plana, España)

Un joven de veinte años, delgado y cabello rubio y ondulado, yace en el campo de batalla. El aire huele cada vez más a pólvora y se torna oscuro por el polvo, el miedo y la adrenalina. Su caballo, ya acostumbrado a estos eventos, espera a un lado a que su jinete se reponga de las convulsiones y lo monte nuevamente. Un cuerpo sin cabeza cae a su lado. El caballo se asusta y se mueve dos pasos. Por el uniforme se ve que el decapitado es un soldado español alcanzado por un hachazo, pero el joven aún aturdido no tiene conciencia suficiente para darse cuenta.

Está volviendo en sí muy lentamente de un ataque de epilepsia, lo que él llama "ataques de emoción". El fragor de la batalla está en su máximo apogeo. El joven apenas está calmándose, aún no está consciente de quién es ni de dónde está. No se da cuenta del peligro que corre. Oye a lo lejos espadas chocando, disparos, explosiones de cañones, relinchar de caballos y lamentos de hombres alcanzados por lanzas. A un lado de él está la suya, mide casi dos metros, está teñida de sangre aún fresca y tiene restos de ropa en la punta.

Ha pasado rato desde las convulsiones, ahora está pensando más claro. Se da cuenta de que cualquier enemigo que vea que está vivo tomará su propia lanza y lo atravesará clavándolo con ella en la tierra. Por otro lado si finge que está muerto no pasará mucho tiempo para que lo pisotee un caballo. No habría entonces una nueva batalla. ¿Pero para qué levantarse y ponerse a resguardo? Poco a poco la conciencia vuelve y ya sabe que es simplemente uno de los doscientos soldados sin nombre de Manuel Pulido. Sabe también que está bajo las órdenes directas del Negro Manuelote (el capataz de Pulido), que esta es su primera batalla y que estos ataques que lo derriban lo ponen en desventaja con el resto de los soldados.

—Es mejor acabar con esto de una vez. Ni para soldado sirvo. Soy bueno en equitación y con la espada y nada malo como lancero pero ¿de qué me sirve con esta maldita enfermedad?

El pavimento tiembla bajo los cascos de los caballos herrados y las explosiones de los cañones. Él respira hondo. Se resigna. Decide cerrar sus ojos por última vez y vuelve a sus ocho años. Está en su humilde casa de bahareque llegando del río Curpa- Lo traen sus seis hermanos mayores en una camilla improvisada:

—Mamá aquí le traemos a José Antonio, nojotros le dijimos a ujté que no lo dejara salí, enciérrelo en el cuarto que no nos deja jugá pendientes de él—

El niño estaba todavía bobo por el ataque que le había dado, pero su incapacidad de levantarse de la camilla no era por la debilidad física, que ya le había pasado, sino por el dolor psicológico y la lástima que estaban empezando a formarse en su corazón contra sí mismo.

El joven, yacente en el campo de batalla, aún con sus ojos cerrados, vuelve a ver a su madre Doña María de Páez diciéndole a sus hermanos:

—José Antonio no ej ningún enfermo, él ej'un niño igualitico que to'os ujtees iy no tiene porqué está encerrao'!— Y concluye: —Él va a hacé su vida normal—.

Luego dirigiéndose a él sin ninguna contemplación por el chichón que se hizo al caer mientras jugaba con sus hermanos en el río, ni porque parecía todavía atontado por el ataque:

—José Antonio, ujté se me va a estudiá pa' Guama, pa'que aprenda a leé, porque ujté no ej ningún enfermo mijo. Cada vez le dé esa broma y lo tumbe, puej respire hondo, cálmese y vuélvase a levantá como si na', que pa'eso ej' hombre—

El joven entonces abre los ojos y ve un caballo volando sobre su humanidad cubriéndola por segundos con su sombra para pasar de un lado a otro. En seguida toma su lanza como bastón, se acerca a su caballo, lo sujeta por las riendas y aún un poco mareado lo monta.

Parece un demonio, blandiendo su lanza en lo alto mientras grita desaforado cabalgando sobre la bestia. Tiene los ojos desorbitados y los bigotes todavía bañados de espuma. El enemigo lo ve y se aparta temeroso. El centauro, grita, persigue, arremete, y se abalanza.

No sabe si esta será su última batalla. No sabe si morirá pisoteado por una bestia, o en paz en una cama, joven o viejo, pero sí sabe que no es un enfermo. Es un hombre. Y cada vez que un ataque o lo que sea lo derribe a tierra, más le vale a sus enemigos que lo maten, porque si no lo hacen, se levantará con todas sus fuerzas y peleará como

el guerrero que es.